CAPÍTULO I. *Cómo comenzaron su vida los indios naturales de esta tierra, comparados a todas las demás naciones de el mundo*

NTRE las inclinaciones naturales que el hombre tiene, es una: inclinarse naturalmente a la conservación y guarda de su individuo y persona, por ser lo contrario de esto nocivo y pernicioso y lo que aborrece, que es su corrupción; y por esta razón busca los medios más necesarios y requisitos para conseguir este fin; y de aquí nace que lo primero que conviene a los hombres es negociar cómo vivan y puedan sustentarse en todo cuanto a ellos les fuere posible en la conservación y duración de sus individuos y personas; y una de las más necesarias e importantes cosas de que tuvieron necesidad fueron casas en que vivir a los principios; y así, en el tiempo de los primeros hombres debemos imaginar y creer, sin duda, que así lo hicieron; y pruébase con decir que como las gentes se dividiesen por las tierras y estuviesen en una pura y llana simplicidad (como parece por lo que refieren los autores de historias antiguas de las gentes de el siglo dorado) y naciesen los hombres desnudos y estuviesen o viviesen así algunos años, sin casas, sin fuego y sin conocer los frutos de la tierra de los cuales se habían de mantener, ni supiesen cómo los habían de guisar, se viesen padecer frío en los inviernos, calor en los veranos y hambre cada hora, y por esta causa algunos muriesen; la misma necesidad (que es madre y maestra de las cosas) les hizo buscar remedio, y así fue uno, meterse primero en cuevas. Después cayeron en la cuenta e invención de hacer casas de cañas o palos o paja y yerba. Esto nota Isidoro,[1] porque dice que: casa es una agreste morada y vivienda de campo sin forma de policía y provechosa para defensa de los daños del calor y frío, y así se lee que las tenían los pueblos septentrionales, como lo escribe Plinio;[2] y los ingleses, según Diódoro;[3] y lo mismo Irlanda, según Volaterráneo;[4] y otras gentes, como las de África y cuasi las fronteras de España, que es Mauritania o hacia el nombrado Monte Atlántico, hacían sus casas de piedras de sal cubiertas con la misma techumbre de sal en lugar de teja o otra cobertura (porque en aquella región nunca llueve), como lo afirma Plinio,[5] y Herodoto en el cuarto libro de su historia.

Gustando también las yerbas monteses (es a saber) las coles, cebollas y ajos, las raíces y bellotas, castañas y frutas de los árboles, y hallándolas

[1] Lib. 15. cap. 12. Ethymol..
[2] Plin. lib. 16. cap. 37.
[3] Diodo. lib. 6. cap. 8.
[4] Volat. lib. 3.
[5] Plin. lib. 5. cap. 4.

en el gusto sabrosas y en su operación provechosas, comenzaron poco a poco, con el discurso de razón que tenían, a tomar experiencia de las mismas cosas comestibles para sustento y conservación del ser y vida humana. Después (yendo prosiguiendo el discurso de su conservación) de los ríos (cuando se secaban o cuando venían de avenida o con demasiada agua) tomaban pescado; y el tiempo andando sintieron convenirles cazar animales para vestirse de sus cueros y comer sus carnes; y por esta razón se debe creer que a los principios del mundo vivían los hombres durísima y muy trabajosa vida; y corriendo más el tiempo (que es el que todo lo descubre) se enseñaron a vivir vida regalada. Este discurso referido pone y sigue sabia y discretamente Diódoro y dice que así vivían los egipcios.[6]

Por esta manera dicha se ha de creer (y no dudarlo) que comenzaron los indios, antiguamente en sus principios, como las demás gentes del mundo; pues confesamos que son descendientes de ellas, como aquellas que proceden de Adán, como también los otros hombres, y siendo uno el discurso humano (cual más y cual menos), y no careciendo de él estos naturales, es fuerza concedérseles lo que a otras naciones no negamos; pues es cosa cierta que no solos ellos fueron comprehendidos en estos rústicos principios; pues (como vamos probando) comenzaron en aquella tierna edad del mundo; y así por el discurso de razón, al principio y también por la experiencia, vieron serles necesario hacer primero cuevas donde meterse y ampararse del rigor del tiempo e inclemencias celestiales; y según dicen, ochocientos años atrás vivían los flamencos en ellas; comían primero yerbas y raíces y frutas monteses; después curaron de hacer labranzas, sembrar y coger grano que hallaron nacido por el campo (que era silvestre y montesino) y, por consiguiente manera, los frutos otros de la tierra, haciéndolos domésticos y caseros con industria y habilidad (que es el oficio de la que llamamos agricultura, primera y natural granjería, según el Filósofo);[7] de esto hallamos bastantemente en estas tierras, por la abundancia de las labranzas de pan y de vino (o brebajes donde los quisieron usar) y en muchas partes frutas domésticas que hallaron e inventaron no sólo para sustentarse, pero para recrearse (como en otra parte se dirá); por manera que, según se ha visto, tenían y tuvieron siempre copia sobrada de todos los mantenimientos necesarios para su vida y edificaron también sus casas materiales, que es la defensa que prohíbe las corrupciones que causan los vientos y las lluvias, las tempestades y calores, como lo determina el Filósofo en el primero *De Ánima*, refiriendo las difiniciones de los dialécticos.

Juntamente tuvieron con la dicha invención de casas la industria de cazar venados y aves y otros animales. Tuvieron también el modo y arte de las pesquerías, para lo cual usaban de muy buen artificio haciendo lazos y redes y otros aderezos, y entre otras invenciones que alcanzaron fue una, facilitar tanto el modo de la caza, que se dice, por verdad averiguada, que un muchacho de siete o ocho años se subía en un árbol poniéndose una

[6] Diod. lib. 2. cap. 1.
[7] Philosoph. lib. 7. Polit.

poca de yerba en la cabeza y teniendo allí atado un papagayo, y tocándole con la mano hacíale graznar y en oyéndolo otros de su misma especie venían volando al árbol donde le oían y sentábanse a su redonda y el muchacho, con un lazo muy sutil que para el efecto traía puesto en una varilla delgada, echábale sobre la cabeza al papagayo y, cogiéndolo el cuello, le ahogaba y traía hacía sí y echábalo el árbol abajo, y de esta manera mataba tantos cuantos quería y él podía llevar a cuestas cargados.

Procuraban también hacer el vestido de algodón donde hacía frío, y esto tejido; y en la tierra firme, que había bestias y animales por artificiosos modos que tenían para ello, los prendían y cazaban, y de sus cueros y pieles se vestían, y hoy los visten donde los españoles no han llegado, y muy más maravillosamente adobados que en Castilla se adoban los guantes; y en la tierra que llamamos Florida se visten de mantas hechas de pluma y de muy buenas martas adobadas.

CAPÍTULO II. *De las poblazones y ciudades, cuando hayan tenido su origen y principio*

OSA MUY DE RISA SERÍA, y aun argumento muy bastante para quien quisiera hacer burla de este capítulo, querer en él probar que hay pueblos y ciudades en el mundo; pues de que los hay las mismas poblazones son testigos abonados de su misma cierta y averiguada probanza; y así, no negando que las hay (como principio que es demonstrativo en esta materia), confieso ser cosa averiguada haberlas, y por esta razón digo, que mi intención no es querer discurrir por esta manifiesta probanza, tampoco decir que antes de estos presentes siglos las ha habido; porque en los muy atrasados sabemos que han gozado de muchas y diversas, tan célebres y nombradas en el mundo, cuanto por autores antiguos dignos de fe y crédito, por tan elegante estilo, han contado; y presuponiendo este evidente principio, como verdad tan averiguada, decimos que el intento de este capítulo no es sino investigar e inquirir los tiempos en que semejantes poblaciones hayan tenido origen y principio, y después de haber visto su antigüedad, saber los fines que tuvieron los primeros pobladores de ellas.

Ciudad, como el glorioso padre Agustino,[1] en los libros de la *Ciudad de Dios*, dice, es una congregación y ayuntamiento de mucha gente, repartida por barrios y calles, recogida en aquel lugar con vínculo de amistad y paz. Del origen y principio de estos ayuntamientos ha habido varias y diversas opiniones; porque el Filósofo (que tuvo que el mundo fue eterno y que no tuvo principio) dijo también que las poblazones tampoco le tuvieron, cuya opinión fue falsa y la siguieron los caldeos y como falsa aquí no la admitimos. Otra opinión fue de los poetas que fingieron que en aquel siglo dorado, en el cual reinó Saturno, nunca hubo ciudades, sino que después

[1] Div. Aug. de Civ. Dei. tit. 15. q. 8.